JUSTINO SINOVA

Sobre el aborto y el proyecto del PSOE

La cuestión del aborto, en esta hora de España, no se puede recibir ni con la aparente sorpresa de algunos ni con el afectado escándalo de otros. Es un problema de fibras muy complejas, que ya venía anunciado meses atrás y del que el partido gobernante hizo bandera en distintas ocasiones.

CRONICAS DEL CAMBIO

Hay bastante fariseísmo en el estupor que parece haber causado en ciertos ambientes la decisión del Consejo de Ministros de despenalizar el aborto en algunas circunstancias (en caso de peligro para la vida de la madre, cuando se aprecian malformaciones genéticas en el feto y cuando el embarazo se ha producido por violación). El proyecto estaba claramente expuesto en el programa del PSOE. En un folleto muy difundido durante la campaña electoral, «100 medidas por el cambio», la despenalización del aborto aparecía descrita en el apartado número 77. Asombrarse de que el PSOE cumpla su programa es una actitud, cuando menos, hipócrita.

Otra cosa es que se esté de acuerdo con el proyecto o que deban estarlo todos los votantes del PSOE. El aborto es un problema que afecta a las convicciones más íntimas de la persona y no bastan unos cuantos mítines políticos para cambiar la opinión en cuestiones tan especiales. Y aquí sí cabe preguntarse si el PSOE va a ser absolutamente claro y limpio. En estos momentos, además, hay que interrogarse sobre las circunstancias políticas del planteamiento y sobre las posibilidades constitucionales del proyecto. Veamos los tres aspectos.

1. La cuestión política

El Gobierno ha sacado a la palestra el proyecto de despenalización del aborto en momentos en que arrecian las críticas por ciertos errores, sobre todo el gran error de RTVE, y con el aparente propósito de desviar las atenciones. Es un recurso político que siempre ha dado buenos resultados. La gente deja de preocuparse de los asuntos molestos al Gobierno y pasa a entretenerse en otros problemas que, aunque también crearán tensión, ésta será de muy distinta naturaleza. Es decir: al Gobierno le duele que se le acuse de no respetar la libertad en Televisión, pero no le afectará tanto que le ataquen los contrarios a la despenalización del aborto.

Por lo demás, el Gobierno ha debido valorar que estos primeros meses serán menos conflictivos para su integridad y que en ellos podrá aguantar mejor el chaparrón que provocará la

ley del aborto. Nada hay que objetar a los manejos políticos que se trae el Gobierno. Son legítimos y quien mejor sabe usarlos más dura en el poder.

2. La duda constitucional

La ley del aborto podría entrar en colisión con el artículo 15 (que consagra el derecho a la vida), y, según algunos, con el artículo 10 (la dignidad de la persona y sus derechos) de la Constitución. Cuando se debatió el artículo 15 en las Cortes ya quedó establecida la frontera entre abortistas y no abortistas —para unos el feto no es sujeto de derechos, y para otros, sí—, y alguna reciente sentencia judicial se ha pronunciado en términos parecidos a lo argumentado por los primeros, que la protección de los derechos empieza desde el momento del nacimiento. Aunque los términos de la disputa están muy claros, es evidente que la ley del PSOE va a reavivar esta discusión de principio en la que se hará necesario, con toda seguridad, un dictamen del Tribunal Constitucional.

Y habrá ocasión para deliberar sobre la verdadera cuestión que plantean los casos contemplados en el proyecto de despenalización del aborto redactado por el PSOE. Es decir: si esos supuestos justifican la introducción de la práctica del aborto entre las actividades protegidas por el Estado o si, por el contrario, se puede dar solución a esos dramáticos casos con la inclusión en el Código Penal como atenuantes o eximentes de las circunstancias que llevan a una madre a abortar. Esta segunda opción parece más conforme con el respeto al derecho a la vida.

3. El problema moral

Pero el más grave aspecto de la cuestión del aborto es que afecta directamente a la conciencia de cada uno y exige, por tanto, que se deje una amplísima libertad de decisión a las personas. Por eso es una solemne tontería dividir a los partidarios y a los contrarios al aborto en izquierdas y derechas, como llegó a hacerse entre quienes se manifestaron a favor y en contra del

ingreso de España en la OTAN, cuestión ésta menos delicada, pero que se usó como test. En la creación de la OTAN participaron activamente los socialistas y, sin embargo, fue el general De Gaulle quien sacó a Francia de la Alianza. Los socialistas españoles se van convenciendo cada día que pasa de la imposibilidad de montar una estrategia defensiva al margen de la OTAN. Y todos conocemos a hombres de derechas partidarios del aborto y a militantes del PSOE contrarios a esa práctica.

Por ello me parece arbitraria e inaceptable la imposición en el grupo parlamentario socialista de la férrea disciplina de voto, tal como anunció el portavoz, Luis Sáez Cosculluela, para

cuestión tan delicada de conciencia. ¿Dónde queda el respeto a la conciencia de los católicos encuadrados en las filas del PSOE?

En el folleto electoral que antes he citado se añade esta coletilla al anuncio de la despenalización del aborto: «asegurando el respeto a la libre conciencia de cada ciudadano». Así como presentar el proyecto en las Cortes es cumplir el programa anunciado, dejar libertad de voto es respetar también dicho programa. Si yo fuera diputado del PSOE rompería, en este caso de conciencia, la disciplina de voto y no me sentiría responsable de transgresión alguna. El mismo planteamiento se hacen diputados del PSOE que no aceptan en conciencia el aborto voluntario.